



Miembros de las unidades de Protección Civil rescatan el cuerpo sin vida de una niña bajo los escombros en el barrio de Masaki Hanano. / J. M. LÓPEZ

Luchando contra la muerte en el infierno de Aleppo

Los barriles bomba dejan 2.000 víctimas en la asediada ciudad sólo desde enero

A. PAMPLIEGA / YOUSEF ABU BACKER
Alepo (Siria)
Especial para EL MUNDO

«¡Está aquí! ¡La he encontrado!», grita Shahad mientras hace gestos con las manos a sus compañeros para que traigan las palas y le ayuden. El joven está arrodillado. Se afana en retirar los cascotes y escombros lo más deprisa posible con sus manos. Una nube de polvo lo envuelve todo. Resopla y se limpia el sudor que resbala por su rostro con la manga del mono. «Espacio, espacio. Tiramos todos juntos. Eso es... espacio», ordena a sus compañeros. Semienterrada aparece la cabeza de la pequeña a la que llevan más de una hora buscando entre las ruinas del edificio, después de que un barril explosivo lo echase a bajo.

Shahad da un suave tirón y el cuerpo de la niña es vomitado por

las entrañas de la vivienda. Los gritos de «*Allah u Akbar! ¡Allah u Akbar!*», se repiten. Pero no es momento para celebrar nada. La pequeña no respira. La sangre mana de su cabeza. Shahad se la entrega al padre que corre como alma que lleva el diablo hacia la ambulancia. La pequeña acabará falleciendo camino de un hospital de Turquía.

«He visto muchos muertos. Demasiados. Demasiados», afirma negando con la cabeza y enjuagándose el sudor. «Niños. mujeres. ancianos... Matan indiscriminadamente y su objetivo prioritario son los civiles. Buscan hacer el mayor daño posible», sentencia Shahad Hosain, miembro de las Brigadas de Protección Civil.

La nueva modalidad de muerte en Aleppo viene del cielo en forma de barriles repletos de TNT. Lanzados por los helicópteros del régimen son ca-

paces de reducir un edificio de cinco plantas a polvo y escombros. Estas bombas caseras son más económicas que un misil o un cohete convencional y su poder destructivo es infinitamente superior; desde enero, han matado a 2.000 personas. Han conseguido que la ciudad esté prácticamente desierta y que los pocos que se han atrevido a quedarse vivan con pavor cada vez que escuchan el sonido de los rotores de los helicópteros. «En los últimos 15 meses han muerto más de 5.000 civiles en Aleppo», afirma Khaled Hjo, jefe de la brigada de Protección Civil encargada del barrio de Masaki Hanano.

Con una media diaria de más de un centenar de barriles bombas, misiles, cohetes y proyectiles de artillería se considera un día especialmente bueno cuando la cifra no sobrepasa el medio centenar. La ciudad de Aleppo paga las consecuencias de tanta barbarie y destrucción en forma de edificios derruidos. Columnas de humo. Cascotes y escombros. Y de muertos, sobre todo de muertos. «He pensado en irme. Abandonar Aleppo y no volver nunca más». Khaled se avergüenza al reconocer que ha estado a punto de huir en varias ocasiones, una de ellas cuando vio más de 50 personas calcinadas en medio de la calle después de que varios barriles arrasaran una calle llena de tiendas de alimentación. «Ese día pensé en irme lejos de aquí, pero... si

me marchó, ¿quién ayudará a la gente? ¿Quién se jugará la vida para tratar de rescatarlos bajo los escombros?», se pregunta.

Y lo de jugarse la vida es literal. El pasado 9 de marzo tres de sus hombres se encontraban en el barrio de Al Haidariya tratando de rescatar a varios civiles que había quedado sepultados tras una explosión cuando una segunda bomba cayó sobre ellos. En total, ocho personas perdieron la vida. «Si uno de esos barriles

Estas bombas caseras reducen un edificio de cinco plantas a polvo

«Si uno de esos barriles cae a tu lado, ni Alá será capaz de salvarte»

«¿Dónde está Occidente? ¿Por qué no nos ayudan como en Libia?»

cae a tu lado ni Alá será capaz de salvarte. La destrucción es total», apunta este antiguo estudiante de Derecho que decidió dejar los libros y ayudar a rescatar civiles después de que el régimen arrasara una manzana en su barrio con un misil Scud.

«Aquel día murió muchísima gente atrapada bajo los escombros porque no había un equipo especializado en rescate. Así que decidimos crear las Brigadas de Protección Civil con el objetivo de ser los primeros en llegar y salvar el mayor número de vidas posibles», comenta Khaled. Y desde entonces 135 personas trabajan en turnos de 24 horas los siete días de la semana en cinco lugares diferentes de la ciudad de Aleppo.

Una espesa nube de polvo grisáceo inunda las calles del barrio de Bab Al-Nerb. Escombros y piedras esparcidos por el suelo. Una lengua de cascotes nace del interior de una vivienda. Un barril explosivo la alcanzó de lleno reduciéndola a la nada más absoluta. La visión es apocalíptica. «¡Vamos, traedme una venda! ¡Vamos!», chilla uno de los miembros del equipo cuyo cuerpo serpentea bajo el techo derruido de la casa. Allí, una mujer permanece semienterrada. Está viva, aunque la explosión la ha destrozado la mano izquierda y tiene la cara cubierta de polvo y sangre. Un familiar trae un pañuelo de uno de los armarios desvencijados del interior de la casa para cubrirla. La mujer mira aturdida a los hombres que afanan por liberar sus piernas atrapadas a más de un metro de profundidad.

«¿Dónde están las Naciones Unidas y Occidente? ¿Por qué no nos ayudan como hicieron en Libia?», se lamenta un vecino. No hay tiempo para lamentaciones. El tiempo juega en contra de los servicios de emergencia. Hay otro avión sobrevolando el barrio. La posibilidad de que caiga una segunda bomba aumenta considerablemente. En menos de media hora la mujer es liberada y trasladada al hospital de Zarzour. Pero el trabajo no ha terminado. La mujer no estaba sola en la casa. Su sobrino estaba con ella. «¡El niño! ¿Dónde está? ¡Tenéis que sacarlo! ¡Tenéis que sacarlo!», grita la mujer. Los gritos y llantos de la mujer sobrecogen el alma. Todos la escuchan, pero ninguna la quiere mirar. «Todos los días lo mismo. Todos los días», se lamenta Khaled. «Estoy cansado y harto de ver tanto drama». «¿En qué guerra mueren más civiles que soldados? Esto es una locura sin sentido alguno. No se puede matar a civiles inocentes sólo para seguir aferrado a una silla», analiza.

Los miembros de Protección Civil logran encontrar el cuerpo del joven. Lo tapan con una manta para evitar que los padres lo vean en ese estado aunque parte de la cabeza y el brazo derecho quedan al descubierto. Aún tardarán más de una hora en lograr sacar el cadáver.

El drama de Aleppo vive silenciado. El mundo hace oídos sordos del grito de auxilio que vomita la garganta de los sirios. El apagón mediático tampoco ayuda. No interesa lo que aquí sucede. Siria no está de moda.